

Reportaje



Como contraposición a las barrocas galas del 'blanco', se encuentra la figura del tiznado zamarrón negro, traje al que habían de recurrir el resto de los mozos dispuestos a 'correr los carnavales' pero que no tenían medios para vestirse de blanco. Su ropaje se componía de prendas viejas, telas de saco y pertrechos sombreros, dando una imagen andrajosa frente a la elegancia del blanco. Son precisamente ellos, los encargados de representar la comparsa que cada año se compone aludiendo a temas de actualidad que afectan al valle.

Gustavo Cotera en 'El traje en Cantabria' (El Diario Montañés-Ed. Cantabria, S.A., Santander 1995), hace una pormenorizada descripción de los zamarrones blancos del carnaval purriego:

«... Ninguno tan peripuesto como los zamarrones blancos del valle de Polaciones, quintos soldados cuyo aderezo quedaba a cargo de mujeres sabias en la materia; principiaban por endosarles camisa y calzón como la nieve, toscamente bordadas mangas y perneras, mas unas enaguas almidonadas casi ocultas por rico mantoncillo; éste se prendía a los flancos con alfileres relumbrantes y con un broche atrás, dejando caer sus puntas a modo de cola; cruzaban el pecho bandas de seda lazadas al costado, al par que enormes escapelas de cintas abrían sus rosas en los hombros, introducción moderna y nada favorecedora fueron la repipiada corbata y las polainas militares o leguis, eso sí, bien engrasadas con tocino; a la cabeza el sombrero de mayor tronío que cabría esperar de esta estirpe de serrones y vaqueros; formaba su base uno de aquellos pajeros des-

comunales, de los de ir a la hierba, forrado exteriormente con blancos pañuelos de seda; alrededor del borde iba una delicada puntilla de a cuarta, sobre la que temblaban flecos de cristal y collares en festón, mientras por dentro, el ala rebullía de cascabeles; armando la copa, unos alambres sostenían monumental pirámide de flores de trapo, hasta abrumar la figura del zamarrón».

Por su parte, el gran bandurriero Pedro Madrid, en su libro sobre la fiesta en el valle, deja asomar la importancia de la misma:

«La tarde del Domingo Gordo iniciaba el Carnaval en el Valle de Polaciones. Terminaba en la noche del martes. Todo el valle constituido ya en actor, ya en espectador; participaba en el mismo, con la excepción de alguna familia sumida en luto reciente. Incluso los serrones de la madera, que trabajando fuera sienten la llamada de los carnavales, se conceden un permiso y regresan a su comarca para vivir aquellos días memorables, que no venían más que una vez al año...».

De la prohibición al ocaso

Si bien los carnavales como festividad profana estaba prohibidos por decreto desde el año 1939, en el valle de Polaciones se siguieron celebrando debido a la gran tradición y enraizamiento que tenían entre los pobladores del valle, y quizás protegidos por el propio aislamiento geográfico. Sin embargo los que eran criticados en las comparsas, tenían ya un pretexto para denunciarlos. Por fin en los años cincuenta, y después de pagar una serie de multas, la costumbre de correr



los carnavales se fue perdiendo en el valle. De nuevo Pedro Madrid nos señala en la obra citada, el significado de esta fiesta para la juventud: «Correr los Carnavales era para los mozos del Valle de Polaciones algo que daba mayor plenitud al concepto de hombría de aquellos muchachos. Vestirse de zamarrón, y sobre todo vestirse de blanco, constituía uno de los actos más relevantes que un hijo de Polaciones podía consumir en su vida».

alguno que daba mayor plenitud al concepto de hombría de aquellos muchachos. Vestirse de zamarrón, y sobre todo vestirse de blanco, constituía uno de los actos más relevantes que un hijo de Polaciones podía consumir en su vida».